

## La pequeña capilla.

EL doctor había permanecido a mi lado sin pronunciar una palabra durante toda la escena.

Cuando se alejaban los últimos prisioneros alemanes, unos por su pie, otros con ayuda de sus muletas, yo le susurré al oído:

*—Después de lo que he visto aquí y allá, en la prisión blanca y en el espectáculo enrejado, puedo decir que éstos están por encima de la naturaleza humana.*

El doctor volvió la cabeza y rectificó:

*—Fuera de la naturaleza humana.*

Luego pareció pensar en otra cosa. Yo me enjugué los ojos, dominado todavía por la emoción.

La tripulación había seguido a los prisioneros. Ahora la sala estaba vacía. Sólo quedábamos en la alta galería el doctor y yo, más una voz, que oí de súbito sobre mi nuca:

—Señor Herbert de Renich, mañana por la noche le espero en la "pequeña capilla"...

Yo me volví y saludé al capitán Hyx, que acababa de dejar el órgano y se dirigía a su biblioteca por el corredor.

¡Dios mío! ¡Qué pálido aparecía bajo su antifaz! ¡Y qué solemne! Parecía haber crecido. Ya he dicho que era algo grueso; pero esto distaba mucho de restarle majestad. Al contrario, Napoleón I no empezó a tener verdadero aire de majestad hasta que comenzó a estar gordo.

¿Necesitaré deciros que desde que Dolores me había confiado los verdaderos propósitos del capitán Hyx respecto a la almiranta von Treischke yo no había cesado un minuto, a pesar de los acontecimientos más o menos apasionantes que acababan de desarrollarse, de rumiar proyectos de salvación de la pobre Amalia?

¿Necesitaré deciros sobre todo que desde aquel momento yo execraba cada vez más al dueño misterioso del *Vengador*?... Pues bien, ved cómo acababa de experimentar una vez más el supremo poderío de aquel ser odiado... Se hallaba cerca de mí. Acababa de hablarme... Y no sólo no me tiré a su garganta, sino que no sentí el menor deseo de hacerlo... ¡Y le saludé *con sumisa admiración!* Le encontré guapo, a pesar de su antifaz, que hubiera podido volverle ridículo y le encontré majestuoso. Arreglad esto como podáis.

¿Sería simplemente el influjo de una fuerza sobre mi debilidad? Es posible. Y o creo que el

doctor, cuyas contradictorias lamentaciones había oído yo, por sorpresa el otro día, se encontraba respecto a él en análoga situación a la mía, respetando las proporciones debidas.

Por eso le odiaba, sin duda, por haberle arrastrado a aquella horrible cruzada submarina; pero no le odiaba más que desde lejos, porque había que ver al doctor cuando se encontraba al capitán Hyx. ¡Qué saludos! Y al mismo tiempo, ¡qué preciosas sonrisas fristes! ¡Qué miradas de abnegación de perro que sigue queriendo a su amo aun cuando el amo es malo!

Extraño tipo era este doctor, muy bueno y muy sincero, pero muy vacilante para todo, con preciosos argumentos espontáneos para contradecir y dar la razón sucesivamente a todo el mundo, e incluso a la misma persona.

No era francés, como me había figurado yo por un momento. Era un belga que había cursado sus estudios en la facultad de Lille. Se llamaba Erystal de apellido y Mederic de nombre de pila. Movía la cabeza sin fon ni son, y siempre parecía estar pesando, a la vez que las llaves de sus bolsillos, el pro y el contra en su cerebro.

El hecho de que el capitán Hyx le hubiera decidido a embarcarse probaba sobradamente la fuerza de atracción y de mando del dueño del *Vengador*... Pero desde que se hallaba a bordo, este buen doctor (no tardé en saberlo) se entregaba a la bebida... ¡Ay! ¿Quién se atrevía a censurarle?

¿Qué iría a suceder en la pequeña capilla?

Esto es lo que me decidí a preguntarle al mismo doctor, así como otras cosas que me abrasaban la lengua y el entendimiento. Así, pues, le rogué a Mederic Erystal que me acompañara hasta mi cuarto y no me soltara hasta dejarme en él: hasta tal punto me sentía presa de aturdimiento y de fiebre.

El doctor me cogió amistosa mente del brazo me hizo entrar con precaución en el ascensor, y en el ángulo de un corredor me dió todos los datos posibles acerca de un innoble individuo con el que nos cruzamos y del que se alejó con disgusto mientras el otro inclinaba hasta sus pies las plumas que ornaban su cabellera.

—Es un saltimbanqui— me dijo el doctor—. ¡Un farsante! Aparte de eso, es un verdadero piel roja de la antigua tribu de los Pannies. Ha trabajado en los circos, creo que en el de Buffalo. Está tatuado de pies a cabeza con dibujos macabros humorísticos, trazados con tinta china por comanches de plazuela, plaga de los arrabales de Chicago. Se hacía pasar en todas partes por el verdugo de su tribu, encargado de torturar a los prisioneros. ¡Patrañas! Lo único que sabe hacer bien es arrancar los dientes con la punta de un sable, cosa que se ve sin ir a América. En lo demás, trabaja de una manera horrible. Mas a pesar de eso, el capitán Hyx, *obediendo a su lógica inflexible*, le contrató como verdugo oficial, creyendo que haría sufrir más que otro que fuera más entendido, en lo que se ha engañado, porque el piel roja es más perezoso que un lirón y siempre está más dispuesto a ha-

cer muecas que a trabajar. Finalmente, ha habido que traer un chino, pero de todos modos, se refiene a ese piel roja que deshonra el navío. A causa del color de su piel de ladrillo aquí le llama todo el mundo "el padre Latuile" (1).

¡El padre Latuile! ¡Al fin sabía yo quién era el padre Latuile, que tanto me había intrigado!... ¡Qué inmundicia!...

¡Ah! Yo no solté al doctor. Llegado al departamento de la blanca prisión, cuyo portero hindú nos había abierto la puerta solemnemente con gestos hieráticos (como si hubiera abierto la puerta de un templo, me imaginé yo), empujé a Mederic Erístal dentro de mi cuarto, y mientras él me tomaba el pulso, moviendo la cabeza (como siempre), yo le pregunté a bocajarro si podía tener confianza en las palabras de Dolores.

—¿Qué palabras? ¿Qué palabras?... Yo no quiero saberlas... No quiero mezclarme para nada en ese asunto.

—¿Qué asunto?... No hay ningún asunto—dije yo—. Pero ¿no ha sido usted quien me avisó que la señorita Dolores tenía algo que decirme?

—¿Y qué? Me parece que el encargo era muy natural.

—Muy natural, es cierto. Y también es muy natural que yo le pregunte...

—No me pregunte nada... Déjeme que le tome tranquilamente el pulso...

—¿Puedo preguntarle al menos si tendremos

(1) El padre Lateja.

aún mucho tiempo el gusto de contarle entre nosotros? No he de ocultarle que su marcha me dejaría desolado, a no ser que fuera usted tan bueno que me llevara consigo...

—Yo no me marchó ya—me dijo—. Me quedo a su disposición... Ciertó es que debería dejarles a ustedes en Cádiz; pero en Cádiz él embarcará a seis doctores. Por lo tanto, es que los necesita (¿qué irá a pasar aún, Dios mío?). Yo he reflexionado en que debe de necesitarlos. Y sin saber por qué, me quedo... al menos creo que me quedaré... En último término, haré lo que él quiera...

—Sí; usted no está completamente decidido aún—dije yo con una sonrisa que fué comprendida por el doctor.

—Me encuentra usted *vacilante*—me dijo meneando la cabeza (yo acabé por atribuir esto a un gesto nervioso)—. Sí; yo soy siempre algo vacilante... Figúrese usted que ha sido mi "sagrado oficio" lo que me ha hecho ser así... ¡La medicina!... ¡Cosa pintoresca!... Aparte de tomar el pulso, consultar el termómetro y purgar, no me atrevo a hacer nada, créame... ni tampoco a decir nada... Eso sí, una inyección de morfina de vez en cuando para que se me deje en paz y no se me pidan explicaciones... Ahora todo el mundo nos pide explicaciones... Mire, yo comprendo al padre Latuile. Hay motivos para contratarse en el circo Buffalo...

—O en el *Vengador*.

No bien hube pronunciado estas palabras, cuando hube de sentir las. El doctor me miró

con un aire de reproche indecible, y vi brotar de sus ojos gruesas lágrimas. Yo le estreché afectuosamente las manos.

—Conozco sus sentimientos le dije—. Perdóneme si le he hecho sufrir. Es usted aquí el único que me es simpático, que tiene aún un rostro y un corazón de hombre...

Pero el doctor se marchó tan emocionado como cuando sorprendí su conversación con Gabriel y Dolores.

—*El único que es un cobarde, un cobarde... un cobarde...*—me dijo sollozando, y desapareció.

Buldeo le sucedió.

—¿Cenará el señor en su cuarto o con los señores prisioneros?

—En mi cuarto. En mi cuarto, Buldeo... Pero tengo algo de fiebre: sólo deseo sopa y un huevo pasado por agua. Dígame, Buldeo; a propósito de esos señores prisioneros hay cosas que no acabo de comprender.

Buldeo me contestó:

—Mañana por la noche está usted citado con el capitán Hyx en la "pequeña capilla". Yo estoy encargado de conducirlo a ella. Entonces lo comprenderá usted todo. *Nosotros no tenemos nada que ocultarle...*

El día siguiente se me hizo interminable. Tan sólo aconteció un incidente sin importancia por la tarde: el doctor, que llega a mi cuarto bastante agitado y me suplica del modo más misterioso que olvide en absoluto (que lo arroje de mi memoria) lo que me había dicho la víspera acerca de los seis médicos que iban a embar-

carse en Cádiz. Sobre todo, yo debía olvidar el nombre de la ciudad española.

En fin, debía de ignorar en absoluto todo cuanto de una u otra forma pudiera ponerme en condiciones de "situar" al *Vengador* en el fondo de los vastos mares. (Yo había pensado que debíamos de haber entrado en el estrecho de Gibraltar y que en algún paraje próximo debió de ser donde encontramos al submarino boche.)

Después de conseguir mi promesa de olvido, el doctor, que me había tomado el pulso pensando en otra cosa (como siempre) y meneando la cabeza, desapareció jurándome una amistad eterna.

Por fin llegó la noche en que Buldeo me introdujo en la pequeña capilla, la cual hallamos al fondo de la biblioteca privada y que comunicaba directamente, según me dijo Buldeo, con el cuarto del capitán. Buldeo me dejó solo.

Esa pequeña capilla era una verdadera alhaja, una obra de orfebrería más que de arquitectura, que reproducía en miniatura (así os la describiré en seguida) la Santa Capilla del Palacio de Justicia de París, esa deslumbrante obra maestra del arte gótico, como dicen los guías.

Las altas vidrieras de color estaban iluminadas por lámparas eléctricas colocadas exteriormente, de tal suerte que la luz que las atravesaba y se difundía por las losas de mármol y el altar parecía luz natural.

A decir verdad, con aquel silencio y aquella aparente inmovilidad y todo aquel esplendor gótico, se olvidaba uno en absoluto del lugar en

que en realidad se encontraba, para no ver más que el gran Cristo que extendía sus brazos márfires por encima del altar, y las rodillas mostrábanse dispuestas a doblarse como en una verdadera mansión del buen Dios en tierra firme.

En aquella capilla maravillosa había cuatro facistoles de gran belleza, cuatro atriles que constituían todo el mobiliario.

En estos cuatro atriles vi yo cuatro enormes libros registros de color verde, con ángulos de cobre, cuyo aspecto brutalmente comercial resaltaba singularmente en aquel marco sagrado.

En cambio fui atraído por un libro de extraordinaria belleza que había sido colocado en el mismo altar, delante del tabernáculo. La cubierta, con incrustaciones de piedras preciosas, representaba por sí sola una suma considerable. Jamás el arte bizantino, en sus días de mayor opulencia, había enriquecido parejamente la palabra escrita del que predicó la pobreza.

Yo alcé la cubierta, sintiendo curiosidad por leer en aquel evangelio esplendente. Pero no bien hube echado una mirada en aquel libro terrible, cuando lo dejé caer retrocediendo y lanzando un suspiro de horror.

Aterrado, deseando únicamente huir, me volví:

—Señor Herbert de Renich, ¿quién le ha permitido mirar en mi *Libro Mayor*?

Ante mí se hallaba el capitán Hyx, que me tendía la mano con gesto amigable y sencillo.

## XXIV

**Lo que fué dicho en la pequeña capilla.**

**A** sí, pues, él me tendía la mano.

Esta era la primera vez que tenía este gesto para conmigo, y yo hubiera dado mucho, muchísimo, por que nunca se le hubiera ocurrido tenerlo. No obstante, yo le estreché aquella mano que tan poco deseaba. Esta no se hallaba ni fría ni calenturienta. No ofrecía nada de extraordinario.

Me condujo ante los cuatro atriles y los cuatro libros verdes con esquinas de cobre, de los que pendían cintas de seda que terminaban en pequeños cuadritos de pergamino, sobre los cuales se habían inscrito bien cifras, bien letras de los diferentes alfabetos conocidos tanto en Oriente como en Occidente.

—Señor Herbert de Renich—me dijo, haciendo alusión a mi anterior indiscreción—, antes de mirar en mi *Libro Mayor*, al que yo he depositado en la piedra santa, delante del tabernáculo, porque mi *Libro Mayor* le pertenece a Dios